

POEMAS

FERMÍN LIBERAL*

*A mi padre, último peldaño
ante la realidad de mi existencia*

SI LA SAL de mis lágrimas valiese
para traerte de donde quiera que estés,
por estar contigo sólo un instante
podría llorarte la vida entera...

Cuando era un niño, soñé muchas veces
que al despertar estarías junto a mí,
que podría acariciarte el rostro
y que también tú, me acariciarías;
que te vería andando por la calle
y escucharía mi nombre en tu boca;
pero el desierto ocupó el árido espacio
que se extendía entre los dos.

* Este poeta cacereño se presenta en las páginas de *Alcántara* con una selección de poemas escritos en distintas épocas en las que nos muestra la profundidad de su mundo interior, plagado de experiencias vividas. Los poemas que aquí presentamos nos acercan a sus sentimientos, añoranzas, y a una infancia marcada por una ausencia, la de su padre, al que dedica especialmente el escogido para abrir la puerta de esta breve pero luminosa antología.

La sequedad de tu ausencia,
la falta del tono de tu voz y tus palabras
dentro de las estancias de la casa;
ninguna camisa tuya tendida
para secarse al sol junto a mi ropa,
y esa sombra que jamás vi a mi lado,
hicieron de mi niñez, una infancia
semidesnuda donde tu presencia
era tan palpable como tu falta.

Y crecí con la memoria vacía,
con las manos vacías de tus manos,
con los ojos, vacíos de tus ojos,
con mi vida, vacía de tu vida,
buscando en cada fotografía tu rostro
y en los labios de mi madre tus besos
siempre buscando; siempre buscándote.

Para sentirte por sólo un instante;
por poder tocar tu cuerpo y olerte;
por poder verte, siquiera un momento...
podría llorarte la vida entera,
si la sal de mis lágrimas valiese.

BAJO LA PIEL

Las palabras, igual que las esquiras
de los metales deshuesados,
se hincan candentes en la carne
de los hombres que quieren escucharlas.

Pero tal como se clavan, son retiradas
por manos expertas que, sumergiendo sus dedos
en el torrente viscoso de la sangre escarlata,
taponan la herida con la presión del silencio.

Ahora que estos venablos me hieren, ahora
que me abrasa el calor de la combustión de los verbos,
ahora que me golpea la vehemencia de la sílaba
rompiendo en mi boca, como lo hacen las olas
en las espumas tibias... que nadie se acerque a mí.

Que no me toquen, que no pongan sobre mis labios
gasas húmedas que ahoguen mi voz
y que me dejen morir tranquilo, desangrando
en la torrentera por donde bogan mis versos,
la fiebre de mi sangre y la serenidad de mi alma.

VIAJE A LA NADA

Déjate llevar, me dijiste;
y me tumbé boca arriba
con los brazos en cruz
y las piernas extendidas.

En voz baja repetías:
déjate llevar; y cerré los ojos
para que me arrastrase
al sur, el viento que me contenía.

Me llevaste; donde tú quisiste.

Recostado sobre el agua salada
de las lágrimas nocturnas,
fui bogando sobre las estrellas
de un sueño irrealizable.

Se enfrió mi cuerpo; y mi alma
se quedó desnuda ante la realidad.
El mar lo había engullido todo:
mi rostro, mi barco, mi vida.

Me llevé, donde siempre quise;
al único lugar donde no podía estar.

Recuerdo que mi infancia se deshacía a medida que septiembre asomaba en el calendario; las tardes perennes terminaban por claudicar y se enfriaban igual que el agua en las piscinas y las risas de los niños sobre las cubiertas de los libros recién comprados. Siempre deseé que el verano fuese eterno; que la desnudez en mis piernas se prolongase en el tiempo, como mi sombra sobre las paredes blancas de las casas de mi barrio...

Para Javier

ASOMARSE al pretil
de los años pasados;
mirar atrás sabiendo
que aún quedan
muchos pasos por andar;
horadar los días futuros
con los pies descalzos,
y recorrer sin prisas
las playas pendientes.

Abandonar pensamientos
bajo las hojas inertes
de los otoños húmedos;
poner a secar las lágrimas
en las salinas de los ojos;
sentir el flujo de la sangre
recorrer las palabras
de cada página, y respirar
como nunca antes
pudiste hacerlo;
como cuando eras niño,
¿recuerdas?, y el verano
se dilataba en tu infancia
como las venas de las manos.

DEL OTRO LADO

Te escribo desde La Habana,
para decirte que el mar de aquí
no es tan salado como en casa;
que su carácter se aleja mucho
de las arremetidas con que nos zarandean
las olas cotidianas de la vida.

Aquí, en La Habana,
todo es azul y amarillo,
todo es añil, morado y fresco;

aquí, todo es blanco o verde en los ojos,
naranja y ocre derramado desde el alba
hasta la piel madura de las playas...

Todo es distinto ahora que estoy lejos;
ahora que estoy más cerca de mí mismo
y me dejo llevar sin rumbo por calles
rebosantes de gente y de luz,
por vidas que nada tienen que ver conmigo
y son arrastradas hacia ninguna parte
por el viento dulzón y suave
que aquí, en La Habana,
es menos denso y menos frío
que el que cada día sentimos en casa.

EL ALMA ENVEJECIENDO

Van encaneciéndose los cabellos
del alma mía; y de golpe me tumba
el brutal acero, que rebana de un tajo
la evanescente alegría.

Cada día me siento más viejo.
No decadente, ni senil; sólo más cansado.

Me miro al espejo y no reconozco
el rostro que asoma desde el otro lado
de la ventana abierta, y entonces me asombro.
Mis recuerdos se limitan a mi cara
y a mi cuerpo de ahora, y aunque sé
que un día otro hombre vivió en mí,
no lo siento como vida propia.

Van encaneciéndose los cabellos
del alma mía; ¿cómo me recordaré
mañana?, cuando el que escribe esto
haya muerto y no queden de él
más que estas oscuras palabras,
cuando estos huesos no sean
otra cosa que células muertas,
fossilizadas bajo una nueva vida
aún no gestada; cuando mis pensamientos
se hayan diluido en la memoria
y no me reconozca en ellos;
cuando mi hijo crezca y no haya marcha atrás
para tantas cosas que hoy parece
no llegarán nunca...

Cada día me siento más viejo.
No decadente, ni senil; tan sólo más cansado.

FOTOGRAFÍA

Ahí está,
derramándose como el agua de lluvia
sobre la tierra fértil de la infancia,
una sonrisa transparente y fresca.
Su olor a frutas dulces se mezcla
con el que el viento trae
hasta los cristales de la memoria,
y allí, bajo la húmeda niebla del recuerdo,
se confunden los aromas y el tiempo.

En el interior de ese rostro,
bajo los sedimentos de la piel sucedida,
continúa impoluto el brillo de los juegos
y el restallar de la risa;
las caricias vertidas sobre el cabello,
permanecen eternas,
y en las manos perennes de la fotografía,
aún se sienten los besos de los labios maternos.

Ahí está,
un cuerpo menudo que recogía entonces,
como en un cuévano,
una mujer que ya no juega a muñecas,
ni a ser la esposa de nadie,
una madre que hoy abraza otro cuerpo
tan suave como el de aquella niña que fue;
una amiga, una amante, una compañera inseparable

que quedó prendida por alfileres
sobre el blanco y negro del papel cuché,
en un pasado que no pertenece a nadie
sino a la edad desaparecida,
a las coletas que se elevan en el vacío
como una aureola interminable y que sostienen,
en el borde de la límpida sonrisa,
la magia de la vida y el rutilante brillo de la niñez.

INSOMNIO

A medida que la noche
va dejando caer sobre tus ojos
su velo de gasa negra,
el sueño se detiene en ti,
y un cálido sopor
arropa tu carne desde adentro.

En ese momento, los párpados
se pliegan en una oración diaria,
y te sumerges en la bruma
que lo cubre todo alrededor.
Lentamente, se difumina
la cotidiana presencia
de los monstruos en el agua
tibia de los cadenciosos suspiros,
y por unos momentos,
tu cuerpo se doblega
ante las sigilosas caricias
que te regala el viento
que sopla desde el oeste.

Durante tu sueño, viajas
a donde sólo tú sabes ir,
y sin ninguna compañía
atraviesas las fronteras
de los reinos imaginarios
donde el mar se aloja
encerrado en un vaso
de cristal de roca.

Ahora, eres libre; extiendes
las alas para sobrevolar
la realidad que no te agrada,
y desde el aire observas
cómo las breñas gritan tu nombre
y te llaman con sus cantos
de sirenas degolladas,
intentando atraer tu emplumado
cuerpo hasta sus afiladas aristas.

Y te dejas seducir;
sin motivo aparente
vas perdiendo altura
y dejando atrás las nubes
que recogían el dulce sueño
en el que te cobijabas;
y tus párpados van separándose
lentamente, como las compuertas
de la presa que hasta ese momento
retenía la confortable humedad
de los oníricos pensamientos,
para dejar escapar por sus aliviaderos
la realidad de tus fantasías.

Enciendes la luz del dormitorio;
compruebas que a tu alrededor
el silencio se ha adueñado
de todas las voces, de todos los cantos,
y te levantas de la cama, extenuada
por la tensión del vuelo fugaz,

para comenzar otra vez tu peregrinaje
sonámbulo a lo largo del pasillo;
para trasladarte adonde, desde hace horas,
te espera un sorbo de agua.

La noche aún no se ha desnudado del todo,
todavía le quedan cuatro velos por caer
antes de que el sol asome su rostro
a la delgada línea del horizonte,
pero tú sí; tú estás completamente desnuda,
sin sueño que te cubra la piel.

Un somnífero se deshace en tu boca
como un terrón de azúcar; para cuando
su glucosa quiera recorrer tus venas
e insertarse en los recovecos del cerebro,
la claridad vespertina estará golpeando
ya en el llamador del alba,
y puede que entonces, bajo los efluvios
de la química, el sueño se haga
pesado otra vez, pero será ya tarde:
las delgadas agujas del reloj
habrán recorrido las horas vacías
acompañándote en tu insomnio,
y el sueño desusado se colgará
de tu morfología durante el resto
del tiempo que permanezcas despierta.
Se habrá hecho tarde... muy tarde,
y tus pies se arrastrarán por la Tierra
como tantos otros días.

PORQUE me resisto a que seas quien eres,
intento moldear tu espíritu y liberarlo de ti,
que lo aprisionas en una jaula verde
y le cortas las alas para que no pueda volar.
Temes que se vaya lejos de tu cuerpo
y no te das cuenta de que sin él, no puede vivir.

Porque me resisto a que pierdas el aureolado
y efímero tiempo de tu existencia en vano,
derrochándolo innecesariamente entre lágrimas
baldías y estériles que no te darán nada a cambio...
retiro mis caricias de tu rostro dejando mis manos
vacías de tus besos y mis pupilas anegadas.

Te da miedo saltar, porque crees que la caída
duele tanto... y no reparas en que puedes volar
por un instante
y que eso es más de lo que pueden hacer
los peces bajo las aguas del océano
(me resisto a que seas quien eres e intento
moldear tu espíritu para que te inunde de vida)

Arrincona y cubre con una tapa de plomo
la caja donde se guardan los malos vientos
que te hacen temerlo todo; hinca en la cubierta
veinte mil clavos y escóndela
donde nunca la encuentre nadie; donde ni siquiera
la vean tus azulados ojos; y más tarde,
después de que hayas olvidado que un día existió,
cuando crezcas, iré contigo a rescatarla
de su ostracismo y la abriremos juntos.

Retiraremos, una a una, todas esas espinas
que clavaste en la oscura madera
donde guardamos los miedos de tu infancia;
las depositaremos sobre un zarco
y aterciopelado manto, en una bandeja de plata,
y liberaremos la cobertera del ataúd donde
recluimos durante años tus malos sueños,
sumergidos en el fondo de aquella caja.

Entonces, cuando lo hayamos hecho,
cuando puedas mirar a la cara a tus fantasmas
y los veas pálidos y melifluos y débiles,
limpiaremos su interior y lo adecentaremos
porque será el momento de guardar los míos
y de que tú, hombre ya, luches conmigo
y te resistas a que yo sea como seré entonces.

Porque me resisto a que seas quien eres,
y porque te amo... quizá hoy te haga llorar.

Porque te resistirás a perderme en los miedos
de mi vejez y de mi muerte... yo, lloraré contigo.

MIRADA ÍNTIMA

No quiero morir ahora.

No; no quiero.

Ahora no quiero morir.

Tal vez mañana...

cuando el sol sea incapaz

de aliviar el frío de mis huesos;

cuando la lluvia no humedezca

el interior de mis ojos cerrados,

cuando el aire sea tan denso

que no pueda pasar entre mis dedos...

quizá, entonces quiera.

Pero no hoy.

Porque hoy me reconozco,

hoy encuentro en mi rostro

la imagen que siempre tuvo mi alma,

hoy navego libremente,

sobre las crestas de las altivas olas...

y por eso... no quiero morir ahora.

No; no quiero morir.

Quizás, nunca quiera.

PROFECÍA

Para Hilario Jiménez, poeta

Y como estaba escrito
llegó el ángel;
y con él la lluvia
que tanto anhelaba la tierra
donde se sostenía mi cuerpo.
Se deslizó en mis oídos
al igual que el agua lo hizo
sobre mi frente y susurró:
estoy aquí; no temas nada.
Y se estremecieron entonces
las columnas que apuntalaban el cielo.
No temas nada...,
y su fraternal abrazo,
fundió la escarcha
que lacraba mis labios
y enmudecía mis manos;
el aire alrededor
se hizo espeso
hasta doler en la garganta
y lo aspiré profundamente,
con la voracidad
del que se sabe náufrago
en sus días sombríos.

Le ofrecí las manos desnudas
y mi voz,
y me dejé llevar al génesis
que existía tras los párpados;
el silencio
se despojó de su hábito entre mis dedos
tal vez ya para siempre,
y fue entonces que cesó la lluvia;
y fue entonces que desapareció el miedo;
y fue entonces que llegaste,
porque así estaba escrito,
para darme aliento y guiar mis pasos.

BRAZOS VACÍOS

Todo resulta tan lejano
cuando se ha perdido todo...

El otoño se ha anclado a mis ojos
lo mismo que la hoja seca a la tierra estéril,
y llueve sal sobre los montes blancos
de mi rostro,
sobre los agrietados labios
que retienen mi dolor.

Pero todavía te espero,
aunque es la tuya una ausencia
vetusta como el mundo,
una huida a la que se ha solapado
el rancio olor de mis ojos cerrados,
de mi boca cerrada,
de mi vida... cerrada para siempre.

Todavía te espero,
aún teniendo conciencia del regreso imposible;
aún sabiendo que cada caricia del día
aleja más tu presencia entre mis brazos;
porque no volverás, lo sé,
al igual que lo sabe el agua que recorre la acera
y las lágrimas que socavan mi rostro.

Todo resulta tan lejano...
cuando se ha perdido todo.